



Vol. 6, No. 2, Winter 2009, 1-20

[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

## **La difícil existencia de las izquierdas centroamericanas**

**Edelberto Torres Rivas**

FLACSO—Guatemala

### *Las izquierdas como género y sus tres especies*

La existencia política de las izquierdas centroamericanas, los últimos años y los anteriores, ha sido contradictoria e intensa<sup>1</sup>. Y ha vivido y sufrido dos momentos diferentes, antes y después de la gran crisis política que condujo a la guerra civil en tres países de la región, Nicaragua, Guatemala y El Salvador (1979/1990-96). En sus efectos políticos, militares y sociales, el conflicto afectó también a Honduras y Costa Rica. Es imprudente no hacer una breve referencia a lo que fueron las izquierdas antes de ese cataclismo humano y con posterioridad a él, pues de múltiples maneras hay raíces, negaciones, antecedentes, y complicidades entre ambos períodos. Son dos generaciones de izquierdas atadas por las utopías y los fracasos y divididas por los estilos diversos y hasta contrapuestos de

---

<sup>1</sup> Este ensayo hace el recuento de lo ocurrido a partir de los años sesenta, pone el énfasis en el período crítico de la guerra civil (1970-80) y sobre todo, se ocupa de las izquierdas en los últimos veinte años. El esfuerzo es obligadamente sumario por el espacio de que se dispone, lo cual obliga a dejar de lado varios temas.

hacer política: *nos referimos a los demócratas radicales, los socialdemócratas y los marxistas.*

En Centroamérica hay tres tradiciones de izquierdas; por eso hablamos en plural, ya que corresponden a un número similar de grupos cuya importancia varía a lo largo del tiempo. Esos tres grupos se asemejaron por su afiliación a las demandas democráticas pero se distanciaron por las ideologías y los métodos de realizarla; de hecho, las fronteras ideológicas entre ellos fueron fluidas pero las identidades fueron fuertemente diversas y hasta opuestas. En sociedades con largas historias de prácticas políticas autoritarias, las reivindicaciones democráticas movilizaron la protesta de muchos, incluyendo sectores intelectuales de clases medias, que por ello sufrieron cárcel, exilio y hasta la muerte: eran grupos en constante proceso de radicalización por efectos de la represión estatal.

Unos fueron los “*demócratas radicales*”, siempre prestos a organizar partidos electorales. Buscaron participar, llegar al gobierno, hacer alianzas; no querían la revolución pero sí sustituir a las dictaduras militares; perfiladas por los odios de la Guerra Fría, como fuerzas políticas fueron en muchos momentos anticomunistas. Constituyeron actores políticos coyunturalmente decisivos en la etapa de la lucha pacífica y pública por la democracia. En Nicaragua fueron antisomocistas pero no sandinistas. UDEL y su líder, Pedro Joaquín Chamorro, Ramiro Sacasa, Rafael Córdoba Rivas, son dignos representantes de esta orientación política. En Guatemala fue egregia figura de estos Juan José Arévalo, así como un importante grupo de políticos y luego el FURD y Manuel Colom Argueta, Alberto Fuentes Mohr y otros; los desprendimientos del Partido Liberal hondureño en distintos momentos; y el sector católico ligado a la Teología de la Liberación, no eran marxistas pero con una militante posición de izquierda, especialmente en El Salvador (1972-79). Muchas personalidades y grupos de demócratas radicales, como resultado de los avatares políticos, se deslizaron a posiciones socialdemócratas o marxistas.

Existe una cierta tradición social demócrata en Centroamérica que no ha sido vigorosa, salvo en Costa Rica, donde el tamaño del Partido Liberación Nacional (PLN) llenaba diversos espacios, no sólo uno amplio

de la izquierda social, sino también un centro político y hasta una izquierda revolucionaria. El PLN fue el tipo de organización que representó a la nación; fue cantera de cuadros de la izquierda marxista, ha sufrido permanentes divisiones y todavía, en 2008, mantiene su presencia electoral aunque ya con un débil perfil democrático socialista. En Guatemala se fundó en 1979 el Partido Socialista Democrático y su dirigente Mario Solórzano logró la inscripción legal en 1985, pero no tuvo nunca fuerza electoral.

Llamamos *izquierda marxista* a aquellos sectores que así se identificaban y que incluían a militantes comunistas con carné, simpatizantes y ex comunistas, por un lado; y a marxistas revolucionarios, no comunistas, por el otro. De esta nebulosa ideológica tripartita, cuyas prácticas son difíciles de rastrear, sólo nos ocupamos con mayor detalle de este último grupo, el de la “izquierda marxista”, y especialmente de su accionar en Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

#### *Las izquierdas marxistas antes de la guerra*

Una breve referencia a la existencia de la izquierda marxista previa al conflicto nos lleva de la mano a la martirizada presencia de grupos radicales viviendo bajo dictaduras militares, fuertemente reprimidos en el clima intransigente de la Guerra Fría. La izquierda que había antes de los 70s en esos países agotaba su existencia en pequeños partidos comunistas vinculados a Moscú y en grupúsculos diversos, sueltos, en permanente encono, sectarios, viviendo diversos estados de ánimo revolucionario.

Con excepción de Costa Rica, donde Vanguardia Popular<sup>2</sup> llevó una tranquila existencia *pública e ilegal*, en los otros países de la región los partidos comunistas formados en la clandestinidad vivieron en la oposición ilegal, permanentemente reprimidos. Nacieron contra el Estado, en un ambiente envenenado por el anticomunismo pero realizando esfuerzos por organizar el movimiento sindical y con alguna presencia en las Universidades y cenáculos literarios. En El Salvador y Guatemala, los Partidos Comunistas enfrentaron el huracán revolucionario con más lealtad

---

<sup>2</sup> Después de la breve guerra civil de 1948, el Partido Comunista de Costa Rica cambió de nombre por el de Vanguardia Popular, durante dos décadas ilegal pero con su dirigencia haciendo plena vida pública.

a Moscú que a La Habana, se dividieron en los dos países, pero sus fracciones se incorporaron con desgano y con desigual entusiasmo insurreccional a la lucha armada hacia finales de los 60s y durante la década de los 70s.

El ejemplo cubano—un grupo de civiles en la montaña capaz de derrotar a un ejército si realizan un buen trabajo de masas—tuvo una atracción casi carnal, que iba más allá de lo ideológico. Esa emoción con altos niveles de contagio planteó la necesidad de definiciones urgentes: impacientó a una tumultuosa generación de estudiantes radicales y jóvenes provenientes de otros sectores populares que formaron extensamente el sector de los “marxistas revolucionarios no comunistas”. De su interior surgieron lo que hemos llamado los “intelectuales populares”, de diverso origen clase mediero, que tuvieron presencia en los interminables debates ideológicos aunque con poca teoría marxista.

Los partidos comunistas condenaron inicialmente la atracción del foco guerrillero como aventurerismo pequeño burgués. Atacaron al Che pero golpeando a Debray por su “Revolución en la Revolución”. Pero en el momento de la verdad, el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) en Guatemala y el Partido Comunista (PC) en El Salvador se sumaron a la lucha armada en los años setenta; el PGT se disolvió en el fuego de la guerra civil, y cuando llegó la paz ya no existía. Una fracción del PC salvadoreño creó el grupo guerrillero más numeroso y consistente (el Bloque Popular Revolucionario o BPR) y la otra se organizó después, y ambas participaron en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN); y desde que se firmó la paz contribuyen a perfilarlo ideológicamente. De hecho, la influencia teórica de los comunistas, en El Salvador, ha sido más fuerte que la de la izquierda marxista no comunista.

El Partido Socialista nicaragüense (comunista) nació débil y daltónico, no acompañó nunca a los sandinistas ni antes ni después de la victoria y formó parte de los fuerzas de oposición al gobierno del Frente Sandinista, como aliados de la derecha reaccionaria. Con la muerte por vejez de sus dirigentes se terminó el Partido. El Partido Comunista hondureño fue más un membrete y una ilusión, y su vocación por el sacrificio fue de orden moral y no político. Fue tan débil que es difícil decir

cuando murió. Hoy día, en 2008, no existen comunistas organizados en ningún país de esta región: desaparecieron antes del Muro de Berlín.

Pero el contagio cubano no lo explica todo. En Centroamérica había condiciones socioeconómicas y políticas para la lucha armada, afirmación que no es difícil probar. En virtud de razones históricas de larga duración, en los años setenta se fue creando una situación de profunda crisis política que llevó a la protesta política y la desobediencia de masas, en el medio urbano primero y luego en el campo. La situación revolucionaria, definida por el desafío que objetivamente representó frente al Estado burgués, no sólo fue el resultado de la pobreza y las desigualdades tan profundas, o las demandas de reforma agraria o de democracia.

Fue por todo eso y más, y fue creciendo como efecto de la brutal represión estatal. Las fuerzas militares del orden tradicional, al reprimir sin distinciones, alimentaron un evidente ánimo insurreccional. El surgimiento de situaciones revolucionarias sólo ocurre frente a Estados autoritarios y débiles, pero a condición de que las masas populares se eleven hasta niveles de organización y conciencia de naturaleza subversiva. Es decir, si es la expresión de un movimiento de masas subjetivamente descontentas, con una dirección política objetivamente organizada y competente.

Los intelectuales radicales de clase media, los “intelectuales populares”, que vivían una impaciente intersubjetividad *ideologizada* por la revolución cubana, con mucho de voluntarismo y de fe, se pusieron al frente de la crisis. Eran los años setentas. Fue una generación con un fervor revolucionario con poca teoría y con un marxismo de tradición eurocéntrica. Eran fuerzas sociales de jóvenes movilizadas por la emoción, en que el heroísmo personal fue superior al fusil. En todas estas sociedades el salto cuantitativo del número de militantes de izquierda fue impresionante, al punto que en ese clima contagioso sentirse de izquierda era ser de izquierda. No era problema de credenciales. Las izquierdas vivieron con el proyecto de revolución su mejor momento de masas.

Así ocurrió, primero en Guatemala, después en Nicaragua y por último en El Salvador. A finales de los años setenta las fuerzas de izquierda crecieron como fuerza insurgente, con métodos violentos, militarizando su militancia y con un difuso programa socialista. Durante muchos años, una

generación anterior a esta hizo la crítica al orden oligárquico pidiendo libertad, democracia, independencia nacional y tierra. La de los años setenta, con el imaginario de una revolución en marcha, agregó como demanda la lucha por “una nueva sociedad”.

### *La ideología de la izquierda revolucionaria*

La razón de la izquierda insurreccional se alimentó de tres fuentes compatibles en la praxis, aportadas por intelectuales de clase media—sacerdotes, estudiantes, maestros, profesionales liberales, oficiales militares: a) *el marxismo* en sus diversas vertientes fue la teoría de la revolución, y colmó las expectativas de integrar las creencias morales y cognitivas sobre el hombre y la sociedad<sup>3</sup>. Señaló las metas y alimentó la polémica sobre los medios para triunfar, que venían de fuentes diversas como el guevarismo, el maoísmo, el troskismo y el leninismo. b) *El pensamiento cristiano*, renovado en el debate del Concilio Vaticano II, produjo la Teología de la Liberación, que llevó a los campesinos posibilidades nunca planteadas de identidad y de libertad, pobres pero con esperanzas; no lucha de clases sino la oferta del reino de la felicidad en este mundo. Y, c) la tradición de *un pensamiento democrático avanzado*, elaborado por figuras que desde la oposición antiautoritaria creyeron en la modernización de las instituciones democráticas y que, reprimidos por el Estado, optaron por la vía revolucionaria. En Centroamérica fue importante la suma de los radicales no marxistas. Se incorporan aquí intelectuales, artistas y personalidades destacadas en la vida de la comunidad a la que pertenecían.

La abigarrada composición social de las fuerzas populares fue correspondida por una heterogénea ideologización que la influencia internacional estimuló; sin embargo, apoyados en la convergencia de esas tres tradiciones intelectuales e ideológicas, el movimiento popular se transformó en revolucionario, y ya convertido en fuerza guerrillera, tuvo variados programas, declaraciones y entrevistas, que es posible presentar

---

<sup>3</sup> Karl Mannheim, *Ideología y Utopía* (Madrid: Aguilar, 1962).

en los siguientes rasgos ideológico/políticos y culturales, a veces recogidos contradictoriamente en la abundante documentación existente<sup>4</sup>:

Primero, *la reivindicación democrática*, que recoge la tradición antidictatorial de las luchas sociales desde la 2<sup>a</sup> posguerra, como la manera más directa de denunciar las exclusiones políticas, propias del despotismo gubernamental. Las insuficiencias de la democracia liberal hicieron que muchos revolucionarios solo creyeran en lo que con evidente sectarismo llamaban la “democracia real”, denunciaran la democracia formal y por momentos se olvidaran de esta importante demanda popular.

Segundo, *la reivindicación por la tierra* para el que la trabaja, otra vieja demanda antioligárquica, presentada como la reforma de la tenencia agraria, considerando que la estructura tradicional de tenencia de la tierra era la base de las dictaduras y fuente de graves injusticias sociales. Había que satisfacer las reivindicaciones campesinas en cuyo centro se encuentra el derecho a la tierra. *El campesino era considerado como la expresión personal de la suma de las exclusiones del sistema.*

En tercer lugar, *la reivindicación por la independencia nacional*, como *conditio sine qua non* para el cambio radical: el fin de la dependencia es la aspiración del carácter anti-imperialista que fue esencial en el discurso popular, pues corresponde a demandas por la identidad nacional. La ideología antiimperialista animó las luchas por la soberanía frente a la explotación o el saqueo de las riquezas locales por los norteamericanos, así como la resistencia a la política exterior norteamericana, sostén de las dictaduras militares.

En cuarto lugar, *la reivindicación por la justicia social* que se confundió siempre con la denuncia de la pobreza, la explotación y la desigualdad; primero fue como una exigencia de valor moral y luego como una crítica del capitalismo cruel y voraz y como resultado de la lucha de clases. Fue la demanda más movilizadora y, contradictoriamente, la más imprecisa; cuando apareció, se acentuaron sus exigencias rupturistas.

---

<sup>4</sup> No es posible hacer un recuento de los puntos programáticos de las organizaciones guerrilleras en los tres países de los que venimos hablando. Fueron muchos y variados pero el espacio no alcanza para mencionarlos con precisión, por lo cual, lo que se presenta aquí es un resumen muy general, y sin citas, de los principales documentos.

En quinto lugar, *la demanda antisistémica*, resumen expresivo de las reivindicaciones anteriores y que también evolucionó en su formulación ideológica, primero como denuncia del orden rural que debía cambiar, y después enfrentando al sistema mismo, en su totalidad. Lo antioligárquico se convierte en lo antiburgués. Los ideólogos populares *desplazan sus percepciones y su programa se convierte en un proyecto anticapitalista*, si bien no siempre socialista. En la versión europea, el socialismo era la antesala del comunismo, entre nosotros era el fin impreciso del capitalismo. Y vale recordar que los grupos estudiantiles fueron más radicales que los partidos comunistas, mucho más recelosos en su manejo del marxismo instrumental.

Los movimientos guerrilleros, sin duda, constituyeron más una amenaza local al orden tradicional interno que a la seguridad nacional de los Estados Unidos, pero fueron combatidos por éstos con fervor religioso medieval. Cuando se alzaron en armas, casi en forma sincrónica en los años setentas, lo hicieron pensando que el camino de la revolución pasaba por la destrucción del Estado y por la construcción de una nueva sociedad, con programas revolucionarios inspirados en el ejemplo cubano. *Solo de forma elíptica hablaban de socialismo.*

#### *De los programas radicales, el recuerdo...*

Cuando la izquierda armada, después de ingentes esfuerzos por llegar a sentarse a la mesa, negoció el fin de la guerra y firmó la paz, lo hizo en condiciones distintas de cuando empezó el conflicto. Los acuerdos de paz se regatearon en el campo del enemigo al que venían combatiendo; con esto quiere decirse que ya no se discutió el sistema capitalista, el orden político burgués y su Estado, el cual de hecho se dio por aceptado. Lo que se negoció fue la liberalización de la estructura política, su apertura para incluir a las izquierdas armadas dentro de los márgenes del orden constituido. ¿Guerrilla que negocia, pierde? Recuérdese que la insurgencia es de naturaleza 'subversiva', que en su sentido castizo significa trastornar, revolver, destruir. Las guerras políticas conducen a la victoria o a la derrota; ciertamente también terminan con la paz. Pero el fin de los conflictos ideológicos, clasistas, históricamente no conducen a un empate.

Las fuerzas guerrilleras en Guatemala y El Salvador, al negociar, olvidaron sus orígenes ideológicos.

No se negoció el capitalismo sino las condiciones para la conversión o no de la guerrilla en partido político. La cuestión agraria ni siquiera fue planteada; quedaron fuera de la agenda los intereses campesinos, aliados mayoritarios de la insurgencia, ratificando el dictum de que en esta historia “*siempre ganó Goliat*” y contradiciendo a Von Clausewitz, pues la lógica de la política en este caso fue la negación de la guerra y aquella no fue la economía de la violencia. No cabe duda que los programas políticos radicales del inicio, hechos jirones, se fueron quedando en el camino. ¿Fueron movimientos de izquierda más por los métodos de lucha que por sus programas políticos? Pareciera que así fue; el programa con el que los sandinistas triunfaron (Programa de Puntarenas) era esencialmente antisomocista. El FMLN modificó su Programa hacia 1986, cuando formalizó algunos intentos de negociar. La Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) llegó al diálogo sin programa pero con proyectos de Acuerdos de Paz (suyos o no) que prácticamente son una agenda de gobierno.

Hay que puntualizar, entonces, que las fuerzas de la izquierda armada no negociaron sus programas ni se apoyaron en ellos. Y aún cuando la negociación fue ardua y difícil para el FMLN (El Salvador), humillante y sin capacidad de supervisión para el FSLN (Nicaragua), prolongada pero exitosa para la URNG (Guatemala), lo sustantivo que se negoció (en El Salvador y Guatemala) no fue propiamente el cese del fuego o el rendimiento, sino los detalles de la incorporación política de la insurgencia a los escenarios de la democracia. Los guerrilleros aceptaron explícitamente las reglas del juego de la democracia liberal. Por lo demás, no hay programa guerrillero que resista el paso del tiempo: la experiencia demuestra en abundancia que sufre desgaste, se debilita, se hace a un lado.

Sin embargo, hacer a un lado el programa y la ideología para alcanzar la paz fue una renuncia pero no un rendimiento. Hay que subrayar con ánimo optimista que, de hecho, la izquierda no perdió y quien ganó fue la democracia y con ella, la sociedad entera. Pero aún quedan sin respuesta, planteados por grupos de derechos humanos de izquierda, los ásperos

problemas de la reconciliación nacional y de la justicia de la transición; el perdón y el olvido son decisiones personales intransferibles que permanecen dividiendo a la sociedad centroamericana, sobre todo en Guatemala.

### *Hacia la participación política*

Sin mala conciencia, la izquierda ya desarmada aceptó, para desconcierto de las bases y sus aliados, convertirse en el ala radical del “establishment” democrático, jugando en un terreno donde ninguno de los actores tenía experiencia. No obstante sus pésimas credenciales autoritarias, las fuerzas de la derecha con sus cuantiosos recursos financieros y humanos participan en la competencia electoral y todavía imponen su voluntad en Guatemala, El Salvador y, por períodos, en Nicaragua. Es preciso detenerse aquí para hacer unas cuantas consideraciones, pues el período posconflicto significó para los actores de las izquierdas algunos reacomodos. A partir de ahora nos referimos de nuevo a las tres corrientes de la izquierda, ya que todas tienen un lugar en el escenario, tanto los demócratas radicales como los social demócratas y la izquierda marxista.

Se argumenta, por algunos, que el advenimiento de la democracia—en su momento, la gran demanda de las izquierdas—fue un resultado del conflicto armado. Sin duda *el detonante de la crisis fue la exigencia de la democracia* pero es difícil decir que ella salió de la boca del cañón. La polémica la plantearon con talante sectario los que proclamaron “the democracy from below” (básicamente académicos norteamericanos), frente a los que sostuvieron que en Guatemala y El Salvador ella fue sólo parte inicial de una estrategia contrainsurgente: rodear a la Nicaragua sandinista de gobiernos civiles, electos democráticamente y ‘descolocar’ a la guerrilla que resultó así luchando ya no contra dictaduras militares sino enfrentando regímenes civiles y democráticos.

La política norteamericana, sensible a los dictados de la guerra fría, se ajustó rápidamente a los nuevos aires y “aconsejó” elecciones, donde sus aliados civiles, de derecha, habrían de ganar. En Centroamérica la tercera ola democratizadora, la que ‘descubrió’ Huntington para explicar lo que

ocurrió en el mundo después de los setentas, fue en Centroamérica una decisión de la política exterior norteamericana, con lo cual se demostró que la revolución no se importa pero la democracia sí.

Todos los análisis que se han hecho sobre las izquierdas centroamericanas conducen a un 'balance' de la situación; es más importante interrogarse sobre sus problemas de identidad cuando todos los referentes tradicionales se hicieron añicos, su naturaleza como fuerza política en un período en que no hay revoluciones, o su capacidad de representación cuando la clase obrera cambió y se desorganizó. Este es el dilema de las izquierdas marxistas hoy día: unos, recogidos en el pasado, cultivan un sectarismo fundamentalista; y otros, intentando adaptarse a los nuevos tiempos, llegan hasta un oportunismo rampante.

Poco a poco se va perfilando un tercer grupo que asume que en la actualidad el desafío para todas las izquierdas es la participación en las luchas democráticas, que para ello es preciso organizar el o los partidos políticos con fines electorales y elaborar nuevos programas, que recojan tanto la tradición libertaria e igualitaria de lucha por la justicia como los nuevos aspectos de la realidad como el feminismo, el tema étnico, la defensa del medio ambiente, las migraciones, el narcotráfico y otros. La izquierda marxista empieza a redefinir su percepción del socialismo, que ahora es sólo una utopía: el recorrido es inevitable, del socialismo científico al utópico. Se produce así un encuentro no previsto con los otros dos sectores de la izquierda, con los demócratas radicales, que vuelven a ser importantes, y los socialdemócratas, que no logran crecer.

Hay dos dimensiones preliminares susceptibles de asentar la baza en el punto de partida: primero, la izquierda marxista como movimiento, como organización, como política. Y segundo, esa izquierda como cultura política, valor intelectual, y conocimiento. En relación a lo primero, hay varios aspectos que se atan como un denominador común: Centroamérica vive por vez primera en su trágica historia un cuarto de siglo continuo de democracia política, lo cual se traduce en el dato nada despreciable de que, en promedio, el 40% de su población (el segmento más joven) no pasó por el trauma de las dictaduras y sólo conoce la democracia. Otro aspecto, derivado de lo anterior, es que desde hace más de veinticinco años las

izquierdas centroamericanas dejaron de ser ilegales y clandestinas y viven distintos destinos públicos, asumiendo las elecciones democráticas y la política como competencia por el gobierno, como un reto según la sociedad de que se trata.

### *Después del diluvio, la política*

Este breve recuento de las izquierdas en Centroamérica, se completa con una referencia sumaria sobre las modalidades que ellas adoptan en la política democrática.

En El Salvador, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) exhibió una notable experiencia de voluntad política y talento militar, articulado a los movimientos de masas. En un país de 32 mil kilómetros cuadrados, sin montañas de refugio, la guerrilla se convirtió en un ejército de 10.000 guerreros armados, que nunca fueron derrotados y accedieron a la paz convirtiéndose en la mayor fuerza política de oposición. En el escenario político de este país hay varias novedades. Las primeras elecciones sin fraude, en las que ganó un partido de centro izquierda (que luego cambió), la Democracia Cristiana, ocurrieron en plena guerra civil (1984). Las segundas las ganó un partido de extrema derecha, la Alianza de Renovación Nacionalista (ARENA), también en un clima bélico (1989). Desde entonces la derecha salvadoreña, organizada en el mayor partido burgués de Centroamérica, como nunca antes, ha ganado 4 elecciones presidenciales y no hay razones que hagan pensar que pueda perder en las próximas, el 2009.

La otra novedad es que las fuerzas de la izquierda marxista en El Salvador, organizadas en el FMLN como partido, han logrado el milagro de conservar su fuerza orgánica a lo largo de un escabroso recorrido de 28 años, a pesar de los golpes internos a su unidad. Las causas son históricas. El FMLN surgió en 1981 como un pacto estratégico de 5 organizaciones político-militares que mantuvieron cada una su individualidad pero un mando unificado. Lo que la guerra juntó lo separó la democracia, y ha ocurrido un variado y paulatino desgranamiento del Frente motivado, en último análisis, por la vieja disyuntiva de cómo ser reformista sin dejar de ser revolucionario. Una mitad de sus líderes históricos, algunos sufriendo

de travestismo ideológico, se han ido, en tanto que varía y se fortalece su base urbana.

Manteniendo un núcleo duro, leal, el FMLN ha acrecentado su presencia electoral desde un 25% del electorado nacional en 1994, a un 29% en 1999, 36% en el 2004, y superando a ARENA, con un 39.5% en 2006; ha ganado en una oportunidad la mayoría relativa de diputados del Congreso (unicameral) y en dos, las más importantes alcaldías municipales del país, incluyendo la ciudad capital, San Salvador. El FMLN mantiene engavetado su programa histórico, pero se mueve en la política contingente con una oferta electoral progresista, razonable, inteligente. De hecho, vienen “haciendo” gobierno desde la Asamblea Legislativa, en el municipio, y en la vida social y cultural. En democracia, la oposición también gobierna. Los resultados de las elecciones del 18 de enero no entusiasman, advierten. Pero asumiendo que la predicción de las encuestas se cumplirá, el Frente con Mauricio Funes como una figura moderada y una oferta prudente llega al gobierno. ¿Cómo lo harán? En el seno de tres límites: el que impone un escenario político donde la derecha es más fuerte; el que surge en el interior del FMLN por practicar un reformismo a disgusto de muchos de sus miembros; y el que determina el peor momento económico internacional. ¿Qué tiene que hacer para que se le reconozca como un gobierno de izquierda?

Puede ocurrir lo de Brasil. No hubo un gran cambio macroeconómico cuando Lula sucedió a Cardozo; nada de cambios dramáticos, habrá que adaptarse, forzados por la situación global y mantener el equilibrio institucional heredado. Es necesario corregir el clientelismo empresarial, la corrupción y el tamaño de las políticas sociales. Hay que tomar nota de una perversa posibilidad: *se puede defraudar a los seguidores y beneficiar al país*. Opino que lo más importante es algún logro frente a la pobreza y asegurarse un segundo período. El largo plazo, la continuidad institucional, es la tarea histórica.

¿Por qué no ha triunfado la izquierda marxista en este país? Por ser marxista, porque ha habido alguna dosis de sectarismo en su dirección, porque la derecha ha empleado recursos de terrorismo ideológico apoyándose en los recuerdos de la guerra civil y porque, de hecho, la

democracia electoral requiere una inversión millonaria. Resulta virtualmente imposible competir con los cuantiosos recursos que los poderosos empresarios salvadoreños unificados en ARENA y los que el National Endowment for Democracy derrama. Cuenta el hecho sensible de que los que fueron los enemigos de la guerra, sin solución de continuidad, son ahora los contrincantes en la democracia. Y los recuerdos del fratricidio son los temas que se utilizan cuando la campaña política arrecia. Proporcionalmente hablando, en El Salvador existe la izquierda más poderosa de América Latina.

La izquierda nicaragüense nunca fue y no es comunista sino sandinista. ¿Qué es el sandinismo? Fue una poderosa fuerza identitaria, por momentos confusa, con ingredientes históricos, políticos, ideológicos. Esa denominación dio a los revolucionarios nicaragüenses un ancho margen de movimiento, como síntesis patriótica, nacionalista y emocional, donde todo cabía. Tiene hondas raíces en la historia de la nación, a la que Augusto César Sandino contribuyó a defender; es antiautoritario, porque se conformó en las luchas contra la dinastía sangrienta de los Somoza; antiimperialista por el papel colonial que Estados Unidos desempeñó al ocupar el país por 22 años (1911-1933); y popular, por el indiscutido apoyo de masas que todavía conserva. Con todos esos componentes el sandinismo es más que un pensamiento de izquierda, es una actitud militante, un instrumento de confrontación frente a las derechas, al menos hasta 1999.

Sus programas—ha tenido varios—no dejan ninguna duda. Pero no es una ideología, no tiene estructura lógica para dar respuestas a los desafíos de los problemas nacionales. También se sitúa en la izquierda por la razón espacial/política de que hay en el país un amplio terreno de extrema y centro derecha: los tradicionales partidos Liberal y Conservador, con raíces en el siglo XIX. El Frente Sandinista los enfrentó en la lucha contra Somoza, luego cuando fue gobierno, y también en la oposición. Sin embargo, el sandinismo en el último tiempo ha hecho alianzas con los liberales que llevaron al gobierno a Arnoldo Alemán.

El sandinismo ha vivido una permanente crisis orgánica, llena de bandazos a la derecha y a la izquierda; su raigambre eminentemente popular y la fuerza de sus raíces históricas lo llevan siempre, de nuevo, a

posiciones de izquierda. Vivió una radical contradicción cuando fue gobierno en 1985-89, cuando la profundidad de la crisis económica los obligó a acudir a las políticas neoliberales, que fueron calificadas por Xavier Gorostiaga como una cirugía sin anestesia, por la brutalidad de sus efectos. Su primer gran desprendimiento ocurrió en mayo de 1995 cuando Sergio Ramírez y numerosos cuadros políticos e intelectuales fundaron el Movimiento de Renovación Sandinista. Lo de “renovación” no fue un envite ideológico sino un recambio de líderes.

Experimentó otra resquebrajadura profunda cuando, ya como partido de la oposición, hizo alianzas con el Partido Liberal de Arnoldo Alemán en diciembre de 1999 y modificaron la Constitución y algunas leyes para reforzar una estructura bipartidista; y lo inaudito, controlar a dúo las principales instituciones democráticas. Este no es un comportamiento de una organización y un liderazgo de izquierda. El pacto del sandinismo con el *neosomocista* Alemán fue un arreglo corrupto, y poco tiempo después Alemán fue procesado por el robo directo, como carterista callejero, de cien millones de dólares. Y hubo una—¿penúltima?—escisión del FSLN con ocasión de la campaña electoral de 2005, en la que Daniel Ortega se postuló por tercera vez como candidato presidencial.

Los entretelones de la campaña no caben en este breve recuento, pero hay que recordar que una importante fracción encabezada por Henry Levittes, Alcalde de la ciudad de Managua, se escindió para competir electoralmente como expresión de una izquierda moderna. El candidato Levittes murió y fue sucedido por el Dr. Edmundo Jarquín. Esta nueva división no impidió el triunfo electoral del Frente y Daniel Ortega se alzó con la primera mayoría (39% del voto total) frente la derecha dividida. El sandinismo es una forma de identidad política que mantiene su atractivo, que tiene un núcleo leal a prueba de travestismo político, que Daniel Ortega representó en la última campaña electoral: se asoció sorpresivamente con el Cardenal Obando y Bravo, hizo pública su asistencia a la misa dominical, se casó por la Iglesia y forzó el voto legislativo en contra del aborto terapéutico, modificó el himno sandinista<sup>5</sup>;

---

<sup>5</sup> Hay un párrafo en el himno, donde se dice que “luchamos contra el yankee, enemigo de la humanidad”, que fue omitido escandalosamente.

y sustituyó el tradicional lema sandinista de “gallo pinto con dignidad revolucionaria”<sup>6</sup> por la consigna de color rosa “paz y amor”<sup>7</sup>. El programa político del Frente, aun vigente, no fue utilizado.

El gobierno del Frente en estos dos años presenta una izquierda inercial y una dirección confusa en la política social. La retórica de hace dos décadas cambió pero los gestos se mantienen: amistad con Chavez y Fidel (ahora, el hermano), mala administración de una economía que por lo demás, los liberales nunca pudieron ordenar. Enredados con el juego democrático del cual el sandinismo es fundador (1984) y víctima (1990), organizaron las elecciones municipales del 9 de noviembre de 2008. En ellas supuestamente ganaron 105 de las 147 alcaldías en disputa. En una democracia consolidada, los resultados electorales reordenan la vida política del país. En Nicaragua, como en la época de los Somoza, los efectos de las urnas han hundido al país en una crisis que llaman de ‘gobernabilidad’ pero que es algo distinto: es desconfianza institucional, pérdida del sentido democrático de la competencia.

Siendo éste una revisión de la situación de las izquierdas en Centroamérica, concluimos que en Nicaragua, el FSLN continúa siendo un relativamente poderoso partido de izquierda, de una izquierda variable, que perdió su *élan* revolucionario, pero mantiene aún su tono antiimperialista, popular, que lucha por la justicia social. Y mantiene además, un 28-30% de apoyo electoral. No es fácil encontrar en América Latina una fuerza de izquierda de esta magnitud, si bien ya vimos que también sucede en El Salvador.

En Guatemala la historia de la izquierda armada es trágica y deplorable. Los tres grupos que formaron la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) nunca tuvieron un fuerte apoyo de masas, salvo algunos momentos en que influyeron en los poderosos movimientos sociales de la década de los 70s. Adoptando un sentido renovador del marxismo, se aproximaron al pueblo maya con reivindicaciones étnico-culturales y no sólo clasistas. Al no lograr incorporar a los indígenas a la

---

<sup>6</sup> El “gallo pinto” es una comida tradicional, una mezcla de arroz con frijoles refritos, base de la dieta popular nicaragüense.

<sup>7</sup> Véase textos de Pérez Baltonado, Ortega Hegg y otros en, Salvador Martí, “El regreso de Ortega, los primeros pasos de la segunda administración”, *Revista de Ciencia Política*, Vol. 28, No. 1, 2008, Chile.

lucha, estos quedaron a merced de la represión militar, con un saldo de 80 mil muertos. De hecho, como fuerza guerrillera la URNG sufrió una derrota estratégica en 1981-83 de la que no se recuperó nunca; cuando ocurrió la firma tardía de la paz, trece años después (1996), la URNG era un frente debilitado, dividido y sin respaldo popular. Como el partido-de-las-izquierdas, su presencia habría fortalecido la construcción democrática, hasta ahora en manos de la derecha.

En las elecciones de 1996 alcanzaron un “techo” histórico del 13% del voto total, eligiendo 6 diputados; en las últimas, de 2007, dos de los tres partidos de izquierda ‘desaparecieron’ y el mayor de ellos sólo obtuvo el 3.6% de votos, a pesar de que la Premio Nóbel, Rigoberta Menchú, encabezaba la fórmula como candidata presidencial. De hecho, las fuerzas de izquierda están pulverizadas y el indigenismo aún no constituye una fuerza orgánica nacional. Guatemala es el paraíso de las derechas, donde al contrario de lo que sucede en El Salvador o Nicaragua, facciones burguesas puede competir entre sí sin riesgo alguno. Por ejemplo, en 2007 se dividieron en 6 partidos, sin temor ante un eventual triunfo de la izquierda.

Resulta falsa la etiqueta socialdemócrata atribuida en el exterior al partido Unión Nacional de la Esperanza (UNE), ganador en las elecciones de 2007, solamente porque su candidato presidencial ha tenido un *‘flirt’* lejano con la Internacional Socialista. Alvaro Colom ganó la presidencia en 2007, pero es imposible imaginar que su victoria constituya un vuelco hacia la izquierda. Ni su programa, ni su Partido, ni su retórica se definen como progresistas o avanzados. Hay en su interior algunos demócratas radicales y más de algún marxista que perdió el rumbo, pero en rigor tampoco puede contabilizarse la victoria de la UNE como una reiteración de la derecha tradicional.

En Centroamérica, sólo en Costa Rica hubo (¿hay?) condiciones para que coagule una opción de tipo socialismo democrático: un Estado fuerte, movimientos sociales disponibles, una fuerte participación ciudadana. En este país el viejo pacto socialdemócrata de los años 50-70 se viene ‘desfondando’ por varios motivos. Uno, los grandes líderes como Figueres, Oduber y Monge desaparecieron. Otro, el poderoso Partido Liberación Nacional, casi identificado con la nación democrática, se dividió

al mismo ritmo con el cual la modernización de la economía creó diferencias sociales. Y tercero, se volvió más desigual la sociedad y el Estado ya no puede conciliar los diversos intereses emergentes, como lo logró Figueres. La prueba de la agonía social democrática es la enclenque figura física e ideológica del presidente, Oscar Arias. Con la enfermedad del PLN terminó el viejo régimen de partidos y el país entró en una crisis de redefinición de identidades. Con ocasión del apoyo o el rechazo al Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos (marzo 2008) surgió un poderoso frente nacionalista, dirigido por señeras figuras de izquierda. Perdido el referéndum, la fuerza de la movilización se disolvió tan rápido como espontáneamente se había constituido. En el país la izquierda marxista es sólo un buen recuerdo y una añoranza.

*Palabras finales: ¿Qué hacer?*

En el seno del desconcierto ideológico y cultural que casi todas las fuerzas de izquierda viven en casi todas partes del mundo, las variaciones son aquí muy grandes: sigue habiendo izquierdas con estrategias reformistas y otras autodefinidas como revolucionarias; son al mismo tiempo fuertemente estatistas como reacción al neoliberalismo o por sus luchas contra la pobreza; unas son pro-cubanas pero con o sin capacidad de crítica a lo que ahí ocurre después de 50 años de socialismo; son antiimperialistas de muy diverso tono, unas a la vieja usanza, pensando en la United Fruit Co., y otras viviendo con exasperación la política exterior de los Estados Unidos. Y aunque se orientan más por los valores de la igualdad que por los de la libertad, difieren en su adhesión o su escepticismo por el socialismo.

Las izquierdas, especialmente la marxista, tienen ahora su mayor desafío frente a la democracia: participar en la lucha electoral, pero frente a los reclamos del desarrollo en democracia, unos no quieren ser reformistas, mientras que otros abandonaron las posiciones de ruptura. Hay desconcierto porque se está viviendo, tardíamente en Centroamérica, la

perversión final del proceso neoliberal, criticado hasta por los organismos financieros que en su momento lo propiciaron<sup>8</sup>.

Los grupos de izquierda, como centros de estudio y de conocimiento tuvieron poca presencia en el debate, que intentó reconciliar la modernización política con el desarrollo económico y sólo estimuló ajustes que trajeron como consecuencia la profundización de la exclusión social, la miseria y las desigualdades crecientes, así como una forma de sociabilidad de las desigualdades, tan fuertes que unos tienen capacidad de veto sobre la vida de los otros. Corremos el riesgo de vivir en sociedades que son políticamente democráticas pero socialmente bloqueadas en su movilidad.

En la academia, Marx es simplemente una huella que inspira una crítica radical a las lógicas de la dominación social, pero ya no es la quintaesencia unánime del socialismo. El debate en la región es pobre y cuando ocurre, es de carácter litúrgico. Como el marxismo se refugió en las universidades, es ahí donde se discute si el horizonte sigue siendo la democracia y el socialismo, unos aferrados a la idea de la revolución, otros, dispersos, aceptando lo que llaman la “fatalidad social democrática”. No hay coincidencia en las respuestas; los más ortodoxos proponen cambiar las lógicas del poder, y para ello las luchas democráticas son cruciales. Estas luchas debieran ser radicales, están fuera de las lógicas tradicionales de la democracia, pues el propósito debería ser profundizar la democracia en todas las dimensiones de la vida. La izquierda centroamericana se ha vuelto feminista y ha agregado a sus programas los temas ecológicos y la defensa de la naturaleza, lo cual urge para parar la destrucción del planeta que actualmente se está desarrollando; son multiculturales, denuncian el narcotráfico, siguen defendiendo la igualdad en un escenario donde la pobreza aumenta.

De tener éxito una visión moderna, actual y urgente, el objetivo es salir de una democracia tutelada, restringida, de baja intensidad, para llegar a una democracia social que realmente haga que tanta miseria física y cultural disminuya, que el mundo sea cada vez más confortable. El nuevo nombre del socialismo es por lo tanto “democracia sin fin”. Pero la realidad

---

<sup>8</sup> Commission on Growth Development, *The Growth Report. Strategies for Sustained Growth and Inclusive Development* (Washington: World Bank, 2008); Capgemini & Merrill Lynch, *World Wealth Report* (New York, 2008).

no cambia espontáneamente. En política para hacer algo hay que tener siempre dos condiciones: hay que tener razón a tiempo, en el momento oportuno; y hay que tener fuerza para poder imponer la razón. Los centros donde el debate se realiza aún son elitistas, cerrados. Pareciera que hay dos fuerzas de izquierda: los que están en la política electoral y los que aislados se mueven en el campo de la cultura. Unos desconfían de los otros.

Para que el horizonte tenga futuro, no sólo es deseable que las divisiones terminen y que la diáspora encuentre sus límites<sup>9</sup>. También es imprescindible hacer el balance del momento que se vive, una revisión de métodos, una renovación ideológica y una rectificación de los errores del pasado, de inercias y lastres que no permiten avanzar. Muchas son las tareas y escasos los ánimos. Las izquierdas centroamericanas, desiguales en los cinco países, tienen en común esa tarea. ¿Están solas? No, en ello están acompañadas por el desconcierto que los revolucionarios viven en todo el mundo. Viven, todos, una obsesión que debieran olvidar, superándola: ¿cómo llegar a ser *una nueva izquierda*?

---

<sup>9</sup> Entendemos por “diáspora” el fenómeno—imparable hasta ahora—de militantes progresistas que abandonan las organizaciones, se aíslan y se pierden políticamente.